

GENTE VIEJA



ECOS DEL SIGLO PASADO

Número atrasado, 50 céntimos.

Paquete de 25 ejemplares, 2,50 pesetas.

Información de GENTE VIEJA

Debería titularse esta crónica recuerdos, y en su mayor parte, recuerdos tristes.

A medida que se avanza en el negro túnel de la vejez, van siendo más escasas las impresiones alegres, y apenas pasa día sin que tengamos que lamentar la desaparición de un amigo querido.

Isidoro Fernández Flores, el cuentista incomparable, el modernista de la buena cepa, que aunque no hubiera hecho más que los cuentos rápidos tendría derecho a una reputación de primer orden, porque su instinto de artista le había hecho anticiparse muchos años á su época, ha bajado al sepulcro, joven todavía, víctima de rápida enfermedad.

El *Lunático*, *Fernanflor*, uno de los hombres de gusto más exquisito, de educación más distinguida y de mayor perseverancia, deja un gran vacío en la república de las letras y un recuerdo tibio y cariñoso en el corazón de sus amigos.

Además de ser un estilista y un carácter, tenía, para los que le hemos tratado con intimidad, una gran condición: era muy bueno, propendía constantemente al bien.

Aquel hombre de mundo, que parecía tan frío y tan indiferente, había enjugado muchas lágrimas.

Dios le dé en el Cielo todas las palmas que ha merecido por sus obras en la tierra.

*
**

Allá, por el año de 1861, en una modesta imprenta de la calle de los Reyes, nos reuníamos varios, entonces jóvenes, para fundar un periodiquito que se titulaba así: *El año 61. Biblioteca de revistas*. Era algo como una adivinación de la Revista de revistas, y allí comenzaron á escribir Pepe Cavanilles, Vicente Lahoz, Ramón Chico de Guzmán, Esteban Pinel, Luis Acebo, el Marqués de Sardoal y algún otro, entre ellos el Conde de las Almenas, que entonces se llamaba Xavier del Palacio.

Caballeroso, de sólida instrucción y sensible como pocos á la amistad y al compañerismo, el Conde de las Almenas deja también un gran vacío en la política y en la literatura.

De los que principiábamos juntos aquel periodiquillo sólo viven, que yo recuerde, Eugenio Sellés, Mariano Vallejo, Alberto Aguilera, Santiago Liniers y mi humilde persona.

Han pasado cerca de cuarenta y dos años, y hemos vuelto á reunirnos al pie de la tumba del pobre Xavier del Palacio.

Descanse en paz el amigo cariñoso, á cuya ilustre viuda y á su hijo acompaña GENTE VIEJA en su dolor.

*
**

La recepción en la Academia Española del Conde de Reparaz evoca en mi memoria recuerdos todavía más remotos, y no quiere esto decir que Juanito Herranz y yo seamos más viejos sino, que hemos sido más *precoces*.

Era por los años de 1859, y el periódico, primero en que empecé esta vida de perdición que ha dado en llamarse periodismo, se llamaba *La Mosquita*, se imprimía en la calle del Barco, en una prensa de mano y en casa de un señor Aguado, que por cierto llevaba un arete de oro en la oreja izquierda.

Redactábamos aquel papelito varios impúberes, que se llamaban Ramón Necedal, Manuel López Esteso, Ezequiel Jaquete, Adolfo Fariñas, Juan José Herranz y *Garcí-Fernández*, que así principié á firmarme; y para que todo fuese *chusco*, yo hacía versos, tan malos, que comparados con la prosa que hoy hago, resulta ésta superior; conque calculen ustedes el *estro* que yo tendría, como se decía por aquellos tiempos.

Desde entonces data, y desde las aulas de la Universidad, mi amistad con Juan José Herranz, que constantemente ha escrito en todos los periódicos que he tenido; *La ley*, *El Noticiero de España*, y *El Diario del Pueblo*, en cuya redacción nos acompañaban Fernández Bremón, Pepe Cabiedes, Manuel Osorio, Muñoz, Ricardo Vega y algún otro.

Herranz, como autor dramático, como periodista brillantísimo, como ingenio cultivado, ha llegado á la Academia por sus propios méritos y seguramente ha de recibir pocas felicitaciones más cariñosas y más sinceras que la mía.

Todos los periódicos diarios han dado detalles de la recepción académica; y como GENTE VIEJA sólo sale cada diez días, resultaría muy pesado que *repite* yo aquí la suerte.

Al discurso de Herranz contestó Santiago Liniers, y ambos trabajos han llamado con justicia la atención de los círculos literarios.

Y no sigo, porque como dice muy bien Liniers «..... Si la amistad íntima antigua y entrañable fuera causa de recusación,» no podría yo ocuparme de la solemnidad celebrada en la Academia Española el 13 de Abril de 1902.

*
**

Y como esta crónica va resultando extraordinariamente personal, y todo lo personal es pesadito, y lo que se refiere á mi individuo lo es todavía más, aquí hago punto, llamando la atención de los lectores de GENTE VIEJA sobre el hermoso soneto del Conde de Reparaz, que se publica á continuación.

JUAN VALERO DE TORNOS.

SONETO

De la misma montaña y de igual losa
que talla el escultor, pica el cantero;
éste labra un humilde sumidero
y hace aquél una estatua primorosa.

Una piedra se pisa, la baldosa,
otra sube, en moldura, hasta un alero,
ésta marca un camino al pasajero,
cubre aquélla al mortal en una fosa.

Al hombre, cuando nace á la existencia,
de la misma cantera y de igual tajo
lo labran el honor, la fe y la ciencia.

Quien más subió y el que rodó más bajo
son de origen igual: la diferencia
está en la aplicación y en el trabajo.

JUAN JOSÉ HERRANZ.

Concurso de GENTE VIEJA

Principiamos en este número á publicar algunos de los trabajos sobre el *modernismo* recibidos en nuestro concurso.

LEMA:
*Siste gradu, teque aspectu
ne subtrahit nostro.*

EXORDIO

Venerable Senado de GENTE VIEJA: Imagínome que el diablo de los contrastes ha insuflado maliciosamente vuestra voluntad, hasta el extremo de poneros en el trance, á mi juicio peligroso, de que andéis buscando una tela hecha de urdimbre sedosa y trama de araña. Irreverencia sería dudar de la madurez de vuestro seso, muy bien pasado por los años y por la experiencia y por la sabiduría; y, siendo esto así, acuéstome al deseo y á la comezón, cuyas cosquillas os azogan; y guárdome de caer en la tentación de escarbar el fondo de vuestras intenciones.

Que un misterio se rebulle entre las niveas ondas del pabellón con que las canas arrebozan, y realzan, y hermosean, y presentan venerables vuestras cabezas, no se puede negar, ya que siendo VIEJOS tendéis sobre la marmórea mesa del anfiteatro de disecciones públicas *el cuerpo del gallardo, pulido, arrogante y soberbio* D. MODERNISMO.

¿Jugáis por tabla? ¿Os gustan castañas que otra mano robe á las brasas? ¿Apetecéis truchas, á calzón seco ó á bragas enjutas, firme en vuestra memoria: *De cuarenta para arriba no enaguaches la barriga*, sin que ello riña con estotro: *Vinos donceles, alma y vida de viejos?*

¡Maliciosillos! He arrancado el exordio de las mismas entrañas de vuestra cantera; y si me quedase al son de buenas noches, porque mi son no venga con la castañeta, galantes siempre, confío en que para no hacérmelas, no sacaréis de los almacenes las cajas de vuestras demoleadoras vayas.

Clavare en el ánimo curioso la convicción de lo expuesto, desplegando á la vista del que avalore mi discurso leyéndole, el mismo cartel anunciador de vuestro laudable propósito. Dice así:

PROPOSICIÓN

«¿Qué es el modernismo y qué significa como escuela dentro del Arte en general y de la Literatura en particular?»

Ilustre senado de GENTE VIEJA: Los verderones anidados y que pñan en la calle de Felipe IV, derechos, erguidos, esponjosos, huecos y con las plumas de punta, acaso trinen á la sola enunciación de vuestro tema. LA ACADEMIA ESPAÑOLA, ella que FIJA, LIMPIA Y DA ESPLENDOR, ha *fijado, limpiado y esplendorificado* el vocablo MODERNISMO.

No hay que tocarla al bordado de las casacas; y al que no le envuelva en su sagrado nimbo la cautela, ni con la bendición de San Pedro se posesionará de la gloria inmortal. Considera pecador al que con ella se pone á razones, aun cuando de razones se la alcance propinándole toda la recentadura del saber. Resabe mucho, pero mucho se resaba y se sulfura muy pronto, y condena á los malandrines á perpetuos quijones.

Yo, sin que esto sea pegar chincnes en la nuca ó echar pulgas detrás de las orejas de GENTE VIEJA, reproduzco los cánones de la VERDE CORPORACIÓN:

MODERNISMO, ú *afición excesiva á las cosas modernas, con menosprecio de las anti-guas, especialmente en artes y literatura.*

MODERNISTA: adj. *Perteneciente á lo relativo al modernismo.*

Prestadme, pues, vuestra benévola atención, que yo, sobre afinar los sentidos y el entendimiento, refinaré la materia y esta oración *modernista*, con el noble empeño de requintar á todos.

Yendo voy á desenredar la madeja, revuelta, que hallo en la base segunda, astutamente redactada, de vuestro concurso.

CONFIRMACIÓN

¿Qué es el MODERNISMO? ¿Qué significa como escuela dentro del Arte en general? ¿Qué significa como escuela dentro de la Literatura en particular?

¿Qué es el MODERNISMO? La pregunta supone la existencia del *Modernismo*. De lo existente no se demanda ni indaga qué sea. Y al decirse ¿qué significa como escuela? no solamente se le reconoce vivo y real, pero se le ponen entorchados de la jerarquía superior del Arte. Si es *escuela*, sus derechos de beligerante son indudables, según la base segunda.

Señores senadores de GENTE VIEJA: el que le haya dado vida, que le mate; no he de manchar mis manos con sangre modernista; si bien no dejo de confesar que no le he visto, ni palpado, ni oído, y en mi nariz no me cosquillea olor de tan *rico aroma*. Oigo pronunciar ese vocablo: escrito lo leo; y á pesar de todo ello, ni como afección ó sentimiento, ni como ente ó ser real en mí deja huella alguna. ¿Es una idea? No tengo conciencia de ella, siendo idea adquirida; tampoco me he apercibido de su despertar tomándola por innata. A ser un pedazo de cualquier cosa, no descalabrándome, presiento que maldito si he de parar mientes en buscar su naturaleza y filiación.

Se precia la ciencia moderna, y con alarde, de no aceptar cosa alguna sin las necesarias pruebas que lleven el convencimiento al espíritu. Pues bien, señores senadores de GENTE VIEJA: ¿Ha nacido el Modernismo en catre de flores ó de mimbres? ¿En suntuoso palacio ó cabaña? ¿En el santo suelo ó al aire? ¿De dónde es? ¿Y cuándo fué recogido en la tierra su primer puchero? Señores, como para los que viven á sus anchas y andan con el morral de su conciencia lleno de callos, satanás no pasa de ser un ente de razón, se me ha de permitir, bajo la bandera de la misma libertad, negar que la palabra MODERNISMO signifique algo positivo.

Lo que nace no se escapa de la férula y vara del tiempo: con la primera lo encarrila; con la segunda lo mide; y llegado al término de la carrera, lo planta y detiene para sepultarlo. Aunque sea á ojo de buen cubero ó al tunturuntún, ¿no bajarán de sus pedestales los *historiadores y críticos* del Modernismo, á fijar, midiéndolo, el ciclo de la natividad del señor de sus amores y producciones? Todo el que afirme la aparición de un nuevo ser en el tiempo y en el espacio debe probarla experimentalmente; y no sólo no es así, pero ni siquiera los abanderizadores de incautos han desludado el valor *ideal* del vocablo MODERNISMO.

Resulta, pues, señores senadores de GENTE VIEJA, que suena á hueco la palabra MODERNISMO. Vibra sin substancia, sin jugo, sin enjundia. Ni con los entes de razón merece codearse. Lástima que en esto no se crucen noviajos. Los innovadores, con una boda de esa clase, y sin dispensas, verían entrar de bracete á don Modernismo y á D.^a Nada en sus propios gineconitis, do agujados del genio han creado tan gigantesca, portentosa y sublime QUIMERA.

Tozudo y aferrado á mi sistema de no creer ni en las palabras, y mucho menos en las necedades de maestros inconscientes, métome en la senda accesible á todo hombre que ame y cultive la seriedad y hermosura de la Ciencia y el Arte. Llamo *maestros inconscientes* á todos aquellos que á sí mismos se han graduado de doctores y artistas, sin que la ciencia les acaricie, ni los mime el arte, ni hayan acudido á los templos del saber; pero que, con mantos que presta la guardarropía oficial, zascandilean por ahí disfrazados de *genios directores* del arte y de la enseñanza artística, llevando por distintivos, no títulos ó medallas de honrosa adquisición,

sino roncas cencerras con las que meten mucho ruido y atemorizan tontos.

Sí, señores senadores de GENTE VIEJA: Me empeño en tapar á cal y canto la escapatoria que algunos podrían buscar, visto que mis argumentos han sido puestos en hiladas sobre un cimiento que se puede llamar filosófico, y que de un modo general niegan la existencia real del MODERNISMO. Suficientes son de suyo, porque los que dicen lo contrario no lo han probado todavía; pero como no reina en mí la tacañería, seré manirroto, puesto que, por mucho pan, no hay mal año.

Pregunto, señores senadores de GENTE VIEJA: ¿Hay algún fenómeno nuevo y de naturaleza nueva dentro del Arte en general y particular? ¿Sí? Entonces no discuto la justa ó no justa aplicación de la palabra *modernismo*. ¿No? Entonces désela de mano, y que otros se aprovechen de él, lejos de la Estética, Historia y Crítica del Arte.

El fenómeno nuevo ¿procede de una causa que obre, á la vez, en todos los pueblos del mundo? ¿Están bajo su influencia todas las razas del orbe, ó solamente las europeas, ó se manifiesta en las razas neolatinas nada más? Ningún modernista ha dicho sobre este particular esta boca ó esta pluma es mía. Supongamos, señores, que el Modernismo vegeta, aunque *planta* exótica, en nuestra tierra. ¿En qué tiesto, arriate ó campo? ¿Mora en el fondo del Arte? ¿Se extiende por lo exterior del medio expresivo, ó participa de ambos? ¿Acompaña constantemente, y desde poco tiempo há, á la belleza, ó para nada le echa de menos? ¿Es un progreso, ó retrocesión vilipendiosa, ya llevando en sí algo positivo ó arrastrando negaciones?

Arquitectura.—Si en el concebir y en el componer, en el combinar y disponer y en el distribuir arquitectónico se rebulle fuerza modernista, es lo cierto que se deja ver muy poco; ni nos atrae, ni cautiva, ni emociona *estéticamente*; aunque ninguno me negará que los críticos modernistas no se atreven á meterse con la arquitectura, porque de ella no se puede disparatar tan en seco como de las otras ramas del Arte. La belleza de la mecánica no sufre entendimientos hueros, los sacude de sí, ni desparpajosos charlatanes. El analizar la grandiosidad de las fábricas arquitectónicas pide ahincadamente amores íntimos con las matemáticas, que son agraces para el Modernismo. Este ¿en dónde campea hoy arquitectónicamente? No se le ve: no se le palpa, á no ser que vista de gala en la no infrecuente decoración de *estilo* heterogéneo é híbrido y mal calculada y, de cuando en cuando, salida de manos detestables.

Escultura.—¿Qué nueva fuente de invención cuenta hoy en su ayuda y que no pertenezca á pasados tiempos? Ninguna. Tan de entendimiento caído vegeta la composición, que sin las muletas de *Iconografías* que andan en el mercado librero, quietos estarían los palillos, mudos los cinceles y buriles y siempre sólido el bronce. La escultura corriente no desarrolla en relieves, ni planta en estatuas exentas y grupos, elemento alguno estético nuevo. La perspectiva relieve se ha echado en brazos de un ingeniero muy diestro, sabio escritor, y político, y académico de poderosa inteligencia y tenaz laboriosidad¹, para que los modernistas la conozcan, estudien y veneren cual soberana matrona muy antigua y llena de majestad, pero que niega sus gracias á los *licenciados artistas*, que no alcanzan á sumar fracciones ordinarias, pero que saben, en cambio, *dibujar la línea del horizonte artístico*.

Pintura.—En el orden superior de la ciencia matemática hay una notación que consiste en lo siguiente:

$$\int_a^b \dots$$

Llámasela en términos de la escuela signo de un integral definida entre los límites *a* y *b*. Ahora bien, señores senadores de GENTE VIEJA, la más amplia definición de la pintura que puede formularse es esta: *Pintura es una de las Bellas Artes que, sobre el dibujo, pulcramente expresa todo cuanto puede ser significado, en determinadas superficies, por el concurso de luz y sombra, que dan de sí los elementos naturales hábilmente combinados y fijos.*

¹ D. Amós Salvador.

Si para el caso presente sustituimos *a* por *x* y *b* por *y* dando á la *x* valor de luz y á la *y* valor de sombra, se nos vendrá á la mano y á la vista la siguiente ecuación:

$$\int_x^y = \int_{luz}^{sombra}$$

Éntrome en el lenguaje matemático ansioso de ayudar al Modernismo allí donde inexpugnable se considera, no apercibido de que anda discurriendo por el aire, seguro de que pisa en firme y fuerte.

¿Y vaya si hay extensión entre la luz y la sombra! Tómese el Modernismo la integral definida que más le venga en gana, de las comprendidas entre *x* é *y*. Ni por esas sacará á plaza ni un punto de sombra, ni una chispilla de luz *modernista*.

Los asuntos de hogaño no discrepan de los de antaño. Si la pintura moderna salta á veces picando, y no en historia, la pintura griega no escarmentó con sus resquemos de guindillas. Los asuntos de historia marean al modernista, que reboza su ignorancia hablando á chorrretadas y gimioso.

¿Y con qué caperuza se viene á nosotros el Modernismo dibujante? ¿Cabe en el dibujo desjuntar, desconcertar y descascar las formas? Si el Modernismo lo acepta, tendremos que, antes y con antes, soldarle el seso. ¿Caben en el Modernismo alpargatas por orejas, espitas por narices, manzanas por mejillas, cuentas blancas por dientes y rastros por manos? Y para satisfacción de la arquitectura pictórica ¿hay que conformarse con buñuelos por basas, churros por columnas, escriños por capiteles, aros pandereteros por arcos, costanas y zarzos por bóvedas y columbarios por artesanos?

¿La perspectiva! ¿Ah, señores senadores de GENTE VIEJA! El genio comprendedor de los misterios de la luz y de la sombra no queda enredado entre mallas lineales. El soplo de su composición las desbarata. Con que el tiento del impresionismo modernista toque el lienzo, á esta sola contundente evocación toman realidad pictórica los elementos todos del cuadro.

¿Y no es digno el Modernismo de ceñir coronas y tremolar palmas por los adelantos en el colorido y la magistral destreza en extenderlo? ¡Ca! ¿En dónde está la novedad? ¡Oh gran Leonardo! Ven á decir al Modernismo que no es digno de limpiar las botas de los pies de los pintores de la Grecia, cuanto menos las de los maestros de Europa no modernista! Hoy mismo, señores senadores de GENTE VIEJA, los que no falsifican los colores, los que los empastan á conciencia, hacen higas á los capellones y pelladistas; y los que no mascan chafarrinones, lanzan miradas de misericordioso desdén al Modernismo, para que, ó prudente se calle, ó se esconda en las sombras de la fealdad, que le echaron al mundo empapado en ignorancia y atacado de desatinos, corrido, si puede correrse delante la *Escuela de Atenas*, la *disputa del Santísimo Sacramento*, la *Rendición de Breda*, los *mediospuntos de Murillo* y el *Pasmo de Sicilia*, etc., etc.

¿Y el arte decorativo? Al mar Océano van todos los otros mares y en los mares arrojan sus caudales los ríos, y el Océano no redunda. La decoración admite en su seno las gallardas concepciones de la arquitectura juntamente con todo cuanto puebla los mundos de la escultura y pintura, desde lo, al parecer, más insignificante de las industrias artísticas, hasta las industrias útiles. La decoración habita en la familia vegetal, en verjeles y jardines; y se aprovecha de la estatua, de la columna, del obelisco, etc., y presta, con todo ello, grandeza monumental é histórica á paseos, calles, plazas, pórticos, patios, galerías, palacios, monasterios caminos, fuentes, bosques y templos.

¿Qué fuerza de entendimiento no se requiere, qué caudal de ciencia no se exige, qué tesoro de recursos históricos no se ha de tener acaudalado para codearse con tan soberana señora, la decoración, y abrirse á los hambrientos de sus riquezas los depósitos inagotables de sus producciones? Y si en el imperio de la decoración rinden pleito homenaje todas las artes plásticas á la emperatriz que las gobierna, siendo así que en ninguna ocupa lugar el modernismo, éste ¿se hallará gobernándolas, colado á salto de mata y ladino, en los consejos de la misma decoración? De ningún modo, se-

ñores senadores de GENTE VIEJA. La decoración pide de suyo un estudio delicadísimo del edificio ó del objeto decorable, un minucioso examen de las superficies, para no incurrirse en defectos contra la armonía distributiva en dimensiones y tonos, un estudio amplio y profundo, no sólo de la historia general del Arte y de cada una de sus ramas, sino también de la naturaleza del hombre, de las costumbres de los pueblos y razas del mundo que son y fueron. El concepto de la historia del Arte decorativo no encaja en la inteligencia por la sola posesión del buen deseo de poseerle, y su enseñanza exige preparaciones muy pesadas y extensas. Así no se daría el caso de ignorarse lo fundamental de sus recursos y lo trivial de sus distribuciones. Si el maestro de concepto é historia del Arte decorativo no vive familiarizado con lo más abstruso de las matemáticas; si no penetra la naturaleza de los materiales y efectos de la luz, ni le son familiares los procedimientos usados en todos los tiempos; si no individualiza el valor de cada elemento compuesto, grupo ó conjunto, ¿cómo ha de calcular el resultado de la decoración en artesonado y bóvedas, cómo ha de sorprender calculando las maravillas de la luz en los muros, cómo ha de prever los efectos para las pinturas, relieves, estatuas, mosaicos, vidrieras, telas y pavimentos? Aun en un sencillito vaso ó en una tapa de un libro se atestaría.

¿Se da en todo esto algo nuevo, desconocido? Es decir, el modernismo ¿va del brazo con la decoración? No puede ser: ni tal se ha dado ni se da. Con el estilo ojival anda mezclado el plateresco. Pegotes dóricos, jónicos, corintios y del orden compuesto, y otros de carácter indefinido, rompen la unidad de fábricas muy hermosas. Símbolos egipcios, asirios, griegos y romanos, ó solos ó combinados concurren con otros símbolos y utensilios cristianos á decorar sepulturas: confusión espantosa; negación del carácter de cada forma é ignorancia del significado de cada una de ellas. Y esto no se llamaría Modernismo. No pasaría de ser *eclecticismo*, pero malo.

Y en las restauraciones ¿se agazapa el Modernismo? Modernismo y restauración se dan de cachetes. En el claustro de San Juan de los Reyes (Toledo), insigne restauración de un arquitecto de genio ¿hay Modernismo?

Ahora bien, señores senadores de GENTE VIEJA: Ni la Arquitectura, ni la Escultura, ni la Pintura, ni la Decoración nos dicen que entre ellas ocupe sitio alguno el Modernismo. Los elementos constitutivos del Arte no le quieren, ni le abrigan. Luego por exclusión se deduce que no descansa á la sombra del árbol pulquérrimo del Arte en general, ni está pegado á sus raíces, ni circula por el tronco, brazos, ramas, hojas, flores y frutos. El Modernismo es negación, es ignorancia, es holgazanería, es libre pensamiento en el Arte, negación de la armonía del pensar, idear y sentir; es un vocablo signo de guerra contra la Ciencia y el Arte, y que, á grito pelado y peñola en ristre y rasgadora, propagan los que ni son artistas, ni historiadores, ni filósofos, sino sabios en su casa y osados delante de los tontos y sencillos confiados y sin criterio cabal.

La segunda consecuencia es clara: siendo el Modernismo una negación, un vocablo sin idea ó concepto de algo, *nada significa* como escuela dentro del Arte en general; porque para ser *escuela* ha de tener existencia real, de que carece; y en el supuesto de que la tuviese, hasta tanto que contase con *doctrina propia*, derivada de *principios propios* y con un *sistema propio*, no sería escuela.

Me dirá alguno: El Modernismo es algo positivo en las artes auditivas, y especialmente en la Literatura. Insisto, señores, en negar todo valor real al Modernismo internacional en las artes; y aplico la misma negación á las auditivas. Los portentosos adelantos de la física matemática, apoyada en la experimentación, han sorprendido leyes admirables de los sonidos, forzando á las ondas sonoras hasta el punto de sorprenderse ellas mismas delante del dibujo de sus movimientos, sujetos á desenvolverse entre determinados grados de su escala. No hay mudanza esencial de tiempo, número, ritmo y timbre musicales. La cuerda, el metal, la madera, obedecen á las mismas leyes, á las mismas combinaciones que se dieron antes del Modernismo.

La contextura y trabazón de las formas musicales,—de las composiciones,—sean ó no lo sean para el canto, duran en el mismo estado. Deshilvánanse gradual y ordenadamente la melodía. Sonidos desacordes, aisladamente considerados, dan, en una misteriosa resultante, síntesis musical de oleajes, vientos y truenos; ó síntesis del reboar de las nubes, del zumbido y bramar del viento, del canto de las aves y del coaxar de los sapos. La naturaleza siempre ha tenido el mismo lenguaje con que nos habla hoy. El haber tropezado con la clave gráfica, no es descubrimiento del Modernismo. Es de propiedad del progreso musical.

¿Y en la Literatura, señores senadores de GENTE VIEJA?

Para seguir los pasos del Modernismo por el camino de esta rama de las Bellas Artes, señalemos los dos elementos de que se compone: el uno, el elemento expresado; el otro, el elemento expresivo. ¿Qué ideas, qué sentimientos, qué afectos, en una palabra, qué asuntos nuevos nos ofrece en copa de oro, plata, cristal ó barro el Modernismo?

Quien los conozca, que los señale. ¡Hay fábulas, nuevas, tramas nuevas, etc.! Señores senadores de GENTE VIEJA! Concédase la existencia del Progreso: pero al *Modernismo* que habla de *presente* en el *desarrollo del tiempo* no le entreguemos vencidas nuestras manos. Lo fantástico no puede encadenar lo real. Las equivalencias que puedan tener entre ellas las sensaciones de los cinco sentidos exteriores, podrán vivir dentro de un mundo, y mundo personal subjetivo individual, pero que lleguen á ser apreciadas y sentidas del mismo modo por todos, la experiencia del día nos enseña que no hay dos que sientan á una; y la frase vulgar *de gustos nada hay escrito*, nos lo confirma. Que hay perfumes verdes, etc. Antes se ha dicho *beber los vientos, mascar el aire. Rezumarse de palabras y carcajadas, olfatear los pensamientos, ver venir un ruido*, etc. Y si la poesía admitiera imágenes cuarteando las leyes de lo análogo, y adquirieran mediante el uso un valor real, todo ciego de nacimiento, al percibir los *verdes aromas*, daría en la naturaleza del color verde, sin la visión previa, y crecería en quilates esto de *viejos verdes*, y *gramática parda*.

En cuanto al elemento expresivo, la gramática no cambia á gusto del Modernismo. La lengua no sufre resquebrajaduras y contorsiones. Las formas de las composiciones literarias siguen siendo canónicas. La prosa en la dramática andando viene desde tiempos remotos. El verso libre arrastra canas muy largas. La *Dolora* y el *Pequeño Poema* no son del Modernismo.

¿Quién gana á Cervantes á pintar la vida real? ¿Quién supera á Tirso diciendo cosas verdes? ¿Quién fantasea á lo Calderón y siente como Lope?

¡Ya! El modernismo nos ha traído las gallinas, con lo sorprendente, lo mágico, lo sobrenatural. ¡Pobre Modernismo! El teatro griego entró á saco por todo esto. El teatro español está impregnado de lo mismo, sin exceptuar el drama naturalista *Electra*.

Aun no han llegado, señores senadores de GENTE VIEJA, las doctrinas, los principios y el sistema del Modernismo, ni á la puerta, hasta ahora, de la literatura ni de la música.

PERORACION

A pleno día y á pleno sol descubro y proclamo mi ignorancia y mala suerte. No me he tropezado aún con el Modernismo. *Lessing* y *Hegel* le tendrán bajo tierra. Y mientras no le vea y palpe ó me le traigan á casa metido en un cuévano de demostraciones, niego y negaré que el Modernismo sea, no ya *escuela* dentro del Arte, pero también que goce de *real existencia*.

El Modernismo es en lo religioso una negación práctica de Dios: una negación del valor de las leyes: una negación de la autoridad: una negación de lo honesto: una negación de la virtud: una negación de la hermosura y belleza; y por ende, una negación de las Bellas Artes.

BERNARDINO MARTÍN MÍNGUEZ.

PRIMAVERA

Ya siento al despertar por la mañana
gorjeando las pardas golondrinas,
de vuelta de las playas argelinas,
en el tosco dintel de mi ventana.

Rompe el broche la flor, y abre lozana
su corola de tintas peregrinas,
al beso de las auras matutinas
y á los rayos del sol de ópalo y grana.

En el surco germina la simiente
rasgando el valladar que la aprisiona;
siente el amor la creación entera:

Cantan las aves con el sol naciente,
y su canto es el himno que pregona
la vuelta de la hermosa Primavera.

SANTIAGO IGLESIAS.

LO NUEVO EN LO VIEJO

El *anacronismo*, el gran pecado capital que la crítica con tal dureza persigue, es, como el *pecado original*, inherente, en el transcurso de los siglos, á tan incalculable número de hijos del humano ingenio, que, si se condenaran al fuego, no eterno, sino de la breve duración necesaria para destruir cuantos en sí le llevan, la *hecatombe* no sería tal, sino millares de hecatombes, un *auto* mayor que el que en la Biblioteca de Alejandría ejercieron manos aun no bien atribuidas á indudable dueño.

Claro está que el *Poema de Alexandre*, donde el héroe macedónico aparecía á modo de andante caballero, cristiano en el alma y en el traje, como vuelto á póstuma existencia largos siglos después del en que vivir le cupo, y la *Guerra Troyana*, eco lejano del poema del viejo Homero, no son más que simples *libros de Caballería*, inspirados en tal cual raro y mutilado código repercusión informe de literatura aun ignorada, en su espíritu y su forma, por rudos é infantiles poetas que, en balbuciente lengua y nudosos versos, dan vida á un informe y continuado anacronismo, viendo á través del prisma del presente hombres y cosas de un pasado impenetrable.

Testigos somos de que todas las representaciones plásticas por grandes y pequeños artistas realizadas, que toman por asunto hechos y personajes que trascienden de la época en que vivieron sus autores, llevan en sí el mismo grave pecado, con alcances tan inverosímiles para nosotros, que aún recuerdo estupefacto haber visto una lámina bíblica alemana que representa la expulsión de Abraham del Egipto por un Faraón prendado de Sara, á quien creía hermana del Patriarca, en que ambos personajes se afrontan en el magnífico salón de un palacio de estilo renacimiento, ante personajes vestidos á la manera del siglo XVIII. Grave es la culpa, pero también inevitable, pues los estudios arqueológicos son una de las gloriosas obras del recién terminado siglo, y sólo en las obras en él ejecutadas empieza el artista á preocuparse de la propiedad en la indumentaria del personaje, del carácter arquitectónico del edificio y de la verdad de los accesorios.

Hasta aquí sólo una ignorancia invencible y disculpable, por tanto, es la causa del error; pero si fijamos nuestra consideración en la literatura del siglo XVII, de nuestro siglo de oro, y reparamos en que autores saturados ya del renacimiento clásico, doctísimos humanistas, nos muestran los héroes y monarcas antiguos rodeados de un medio y mezclados en hechos é intereses puramente modernos, la cosa es seguramente más grave, pues no puede achacarse á ignorancia en quien maneja al dedillo los clásicos y busca en las obras de Homero, de Virgilio y aun en las *Metamorfosis* de Ovidio, no inspiración, sino forma poética en que dar cuerpo á su pensamiento y hasta hechos de la Historia antigua en que incrustar los de la contemporánea, usando la *mitología* en el modernísimo concepto de Max Müller como una forma de lenguaje.

He aquí el detestable monstruo, el capital pecado, limpio de todos los caracteres que le hacían odioso, empleado sistemáticamente, con toda deliberación, engendrando de su abominable fondo una de las formas del arte moderno, la *alegoría*, el *simbolismo*, gran recurso de las artes plásticas que les abre el mundo de lo *metafísico*, sin el cual les fuera irremisiblemente vedado, y que se le abriera antes al *hieroglífico* de los faraones, como han patentizado los modernos estudios.

Bajo el aspecto lírico sirvió para poetizar y agigantar la adulación cortesana, elevando a Olimpos los alcázares; y en la *música celestial* de la galantería, para deificar la femenil belleza. Todo se vió á través del prisma mitológico y clásico, y ante la fiebre de absorbente moda, surgieron conceptismos y *culi-latini-parlas*, que arrojaron un abismo entre el *Arte* y la pedestre *realidad*. ¿Cómo hablar de ella? Ni aun espíritus tan independientes como el de Quevedo se libraron de este *estetismo*, sino para caer en otro que hoy diríamos *zolesco*, la *germania*.

Pero como por una parte había que hablar de lo presente, y como por otra, cual hace notar Víctor Hugo, en el drama histórico, para que éste interese, fatalmente ha de existir un pequeño *anacronismo*, siendo, sobre todo las *fiestas reales* y palatinas, eminentemente obras de *circunstancias*, no sólo se enmascaró lo moderno bajo el velo de lo clásico antiguo mediante fina y elegante aplicación de la *alegoría*, sino que hubo de cometerse verdadero y culpable *anacronismo* para ingerir en el asunto antiguo el hecho actual celebrado y sobre el que quería llamarse la atención, aunque el público culto sabía leer entre líneas y reconocía al personaje y el hecho actual bajo la forma retrospectiva, como experto en descifrar tales enigmas, habituado al sistema de poetizar lo presente bajo las formas de lo pasado.

Precisamente el haber sorprendido el sistema ha puesto en nuestras manos el cabo de un verdadero hilo de Ariadna para averiguar y establecer la cronología del Teatro antiguo.

El poner ejemplos que comprueben lo dicho acerca de la poesía lírica, ya independiente, ya dramatizada en la *loa*, nos llevaría muy lejos, y no es verdaderamente necesario, pues el sistema se ha perpetuado.

En cuanto á las obras teatrales, podría escribirse un libro, tomando solamente por base las disquisiciones de nuestro insigne Hartzenbusch; mas pondremos un ejemplo.

En *La exaltación de la Cruz*, de D. Pedro Calderón de la Barca, aquel emperador Heraclio que sale á campaña, pidiendo á sus deudos y vasallos *perdón del ocio en que les tuvo*, no es ni más ni menos que el rey Don Felipe IV. En efecto; ¿á qué venía que el emperador de Oriente dijera:

„Y yo he de ser el primero que, abrazando el fuerte escudo que, el templado arnés trenzado y el limpio acero desnudo, en la campaña resista los destemplados injujos de las escarchas de Enero y de los soles de Julio.”

Esto era cosa á que en el siglo VII estaban habituados los monarcas. En cambio en España, donde desde Felipe II, después de la batalla de San Quintín, pasando por todo el reinado de Felipe III y durante veintidós años del de Felipe IV, no había salido el rey á campaña, era un acontecimiento verdaderamente excepcional el que éste último partiera á la guerra de Cataluña en 1644, y como tal se consigna en los *Avisos* de Pelli- cer de 10 de Mayo de dicho año, cuyas noticias y otros trozos de *Gazeta* se transparentan en la obra. Bastaría, para comprender la alusión, ver que á Heraclio le llama el personaje Arnesto:

«Cristiano, cesar Augusto.....»

La frase de otro:

«que de católicos reyes aun los vasallos son hijos.»

Y la de Clodomira:

«Y no dudo que ver en campaña al rey lleva asegurado el triunfo.»

que, así como la censura del gracioso acerca de los que eluden ir á la guerra, ocultándose cuando ya no les valían sus fueros y exenciones, son cosas todas modernas y que conocía bien Calderón, que sirvió en toda esta campaña. Habiendo además alusiones á la boda con su sobrina Doña Mariana de Austria bajo el nombre de Eudoxia.

Como este hecho que aquí se celebra pudiéramos citar otros muchos, si no fuera por no alargar demasiado este artículo: á fin de evitarlo, terminamos aquí, no sin hacer constar que la impropiedad, y á veces el desconocimiento de toda arqueología, reinaba en el decorado y *atrezzo*, lujosísimo, por otra parte, en las *fiestas reales*, según se deduce de las pomposas descripciones que de algunas de ellas existen, por las razones anteriormente apuntadas.

Algo pensábamos añadir acerca de la *realidad* existente en las obras que parecen puramente *imaginativas*; pero mejor será dejarlo para otra vez, si los lectores encuentran algún agrado en las líneas que preceden.

LORENZO GONZÁLEZ AGEJAS.

¿MÁS ALLÁ?

SONETO

¡Nacer para morir es nuestro sino!....
La vida es una lucha prolongada
que en la nada se engendra, y va á la nada
sin saber cuándo acaba su camino.

Busca el placer la juventud sin tino,
la ambición surge luego despiadada,
y una y otra al surgir, dejan marcada
huella de sangre y llanto en el camino.

Cuanto se ama, perece; cuanto ansía
el corazón, como fugaz centella
hiere á la par que nuestro paso guía....

Allá en la inmensidad el sol destella....
¡Ay! ¿Por qué el hombre ignora si algún día,
ya que nació á sufrir, gozará en ella?

MANUEL VALCÁRCEL.

Á ENFRIARSE

I

Por los papeles noticieros que, no há muchas semanas, el correo hasta el villorrio trajo, supe que un médico de allá, de Austria, y además de austriaco, doctor y, por añadidura sabio, poniéndose muy serio ahora, en el primer mes de este año 1902, que nos está haciendo tiritar (por poco digo tirotear), ha dado en la flor de cantar ardientes endechas á la excelsitud del frío. Éste, según el doctor sabio asegura, es el remedio heroico sin rival, para que toda persona humana se vea libre de reumas, de catarros, de neumonías y de muchas más enfermedades de los pulmones y órganos respiratorios: ¡hasta de la postrera! supongo yo, porque es la única dolencia que, eficazísima y completamente, suele dejarnos sin respiro.

No me asombro de que los sabios, aunque sean austriacos y doctores, afirmen cosas que los faltos de saber (gracias á Dios, somos por acá muchísimos), negaríamos acaso en redondo, si acerca de tales cosas fuésemos interrogados. Leí, pues, sin estupefacción, aunque mirando si ardía en la chimenea buena lumbre, lo aseverado por el doctor aludido; y como á la sazón, por miedo á helarme, hallábame tendido en un sofá y bien rebujado con tres mantas, presté el posible acatamiento á las afirmaciones del sabio Herck, que así es nombrado el tal, según la cuenta; y, haciendo instintivamente «¡birrrrr!» al finalizar la lectura del notición, dije á mi costilla.... «¡ABRÍGAME!»; oído lo cual, ella, de cierto sin acusarme de recordar el título de una excelente novela de Alejandro Bhér, sobre las tres mantas que me tenían tapujado puso otras dos, de las más lanudas y pesadas que en Palencia se fabrican.

II

Perdóneme, si hay pecado en lo que voy á decir, el doctor vienés, para el cual, así como para sus doctrinas ensalzadoras de lo que llama *frío*, guardo en las transparentes intimidades de mi alma todo el respeto debido. Pero abrigadito como me encontraba, no pude impedir que el calor del discurso me obligase á formular, con ardiente anhelo de saber lo cierto, esta pregunta: El sistema enfriador, digo, engendrador de la salud humana, preconizado por el sabio austriaco como sistema que ha de librarnos de la multitud de enfermedades que ahora y desde antiguos tiempos nos revientan, ¿será producto original de la sabiduría médica vienés, ó habrá plagiado el doctor Herck el método curativo que, hace ya más de ciento sesenta y un años, ideó y puso en práctica con el apetecido éxito una dama respetable?

Y pregunto esto, porque no sería en todo caso el sabio de Austria el primer doctor que perpetrara plagios. Dígallo, si no, el individuo que allá en el año 1868 cogió unas páginas de cierta obrita mía, las puso el título que quiso, fechó el escrito en Puente del Congoto, firmó campechanamente «Doctor.... Tal», pues no quiero poner aquí su apellido, y publicó la cosa como suya, nuevecita y sin estrenar, en un periódico salamanquino. Audacias majaderas, por las que yo en seguidita fui y al doctor «puse las peras á cuarto», aunque estábamos en el comienzo de la estación de las frutas.

¿Habré, por tanto, de creer ahora imposible que el doctor vienés haya plagiado el método frigorífico inventado en el siglo dieciocho, por la dama á que aludí poco há?....

III

Pues de frío se trata, reflexionemos friamente.

Recomienda el sabio Herck que, para curarnos previamente de multitud de enfermedades, nos convirtamos en algo así como estatuas de hielo; que no estemos en habitaciones abrigadas; que en la cama nos cubramos con poquita ropa y ésta muy ligera, una sabanilla de tul será bastante, creo yo, aunque el sabio no especifica taxativamente si ha de ser tul, ó linón, ó tela de araña; que al levantarnos muy de madrugada y, por remate del consuetudinario baño general en agua fría, cuanto más fría mejor, nos propinemos una decente ducha de agua helada: que tomado este refrigerio, por vía de desayuno, mejor mil veces que el chocolate, ó el café, ó cualquiera otro, salgamos á la calle con la cabeza descubierta, paseando con mucho garbo, sin encogimiento y con un traje sutil, abandonando por perjudiciales las capas, los gabanes y todas las demás prendas de abrigo conocidas.

Bueno. Pues mirándolo bien, creo que el doctor austriaco está en lo fijo. Los lenguados, las truchas, los congrios, los atunes, y, en fin, todos los peces, gordos ó no gordos, puestos en hielo, se conservan, como es sabido, sanos y frescos, sobre todo, *frescos*. Luego nosotros, helándonos, conservaremos ciertamente la frescura propia de una sanidad completa. Y á ver: ¡que nos entren luego moscas! quiero decir: ¡que vengan sobre nosotros las bronquitis! ¿A que no se atreven?

IV

Pero si pulmonías y las otras enfermedades de su género, raza y familia no fueron curadas, porque no se hizo experimento acerca de ellas, por el método enfriador que inventó la dama de marras, fiebres, sí, pero fiebres de las que hacen delirar á quien las tiene, desaparecieron aplicando como único remedio el hielo. Motivo por el cual, pregunto nuevamente: ¿El doctor austriaco Herck ha plagiado, ó no ha plagiado, á la Emperatriz Ana, de Rusia?

Porque ella, sí, ella fué quien en el año 1740, y empleando como único remedio el frío, curó en un santiamén á dos enfermos, que tenían peligrosas calenturas.

¿Se me piden noticias detalladas del suceso?.... Pues ahora van esos detalles.

A su inmediato servicio tenía la autócrata soberana mencionada, un bufón, nada menos que Príncipe de

Galitzin, el cual, no obstante su índole bufona, se prendó seriamente de la hermosura de una moza plebeya, que no desperdició la ocasión de mimarle de lo lindo. La fiebre amorosa de ambos llegó pronto a tan alto grado, que les produjo el delirio de querer casarse. Noticiosa de aquel estado morboso la Emperatriz Ana, se abstuvo de contrariar á los dos locos.... de amor. Por el contrario, alentó la manía matrimonial de ellos, y les ofreció que, por regalo de boda, les daría una mansión brillantísima.

Y lo hizo. Fuese porque la augusta señora rabiase de celos aparte, al ver que una *patana* la quitaba su querido Príncipe bufón; ó bien fuese tan sólo por dar una muestra de su carácter singularmente *bromista*, lo cierto es que la genial autócrata mandó luego, luego, que á todo costo, y por su cuenta y sin tardanza, en el río Neva, que estaba helado, cosa que allí en Petersburgo suele muchos años acaecer, se construyera un castillo con gruesos hielos por único material: que el castillo tuviera un aposento único y cuadrangular, con una columnita de hielo asimismo en cada ángulo; y sobre las columnas, sendas lámparas, también de hielo, provistas de largas mechas bien impregnadas de aceite, y sobre piedrecitas de sal puesto el extremo, que de cada mecha hubiera de ser encendido: que en el centro de la estancia una reluciente mesa y dos sillones, de hielo los tres enseres, y con artística elegancia labreados, impidiesen que junto á una de las paredes brillase, ostentando gran magnificencia de labores, amplio tálamo nupcial, sin ropas ni mullidos, porque estas zarandajas oscurecerían el mérito y la hermosura de la cama.

Cuando todo esto que va mencionado estuvo hecho, la Emperatriz ordenó que los novios se casaran; y al anochecer el día de la boda, se dignó la graciosa autócrata acompañar á los desposados hasta la orilla del río, donde les entregó un *Ukase*, en que les nombraba *para siempre* dueños únicos de la fortaleza aquella, construida de hielo licuable en el verano. Presenció luego el ingreso de los dos tiernos amantes en el tal castillo, solemnizando el acto con el disparo, que mandó hacer con pólvora sola, en cada uno de los cuatro cañones de hielo que defendían el exterior del fuerte aquel, y avisó á los recién casados, que un numeroso retén de centinelas quedaba allí, junto al edificio, para matar sin previos requisitos á quien tratase de salir antes de que amaneciese nuevo día.

Pero, ¿qué habían de querer salir de allí los felicísimos esposos?

Pasmados.... de haber recibido tan rico obsequio, aquilataron, con más frío raciocinio á cada instante, las delicias de aquella noche de boda; y cuando á la siguiente mañana salieron del castillo, se vió claramente que estaban helados.... de asombro, por la prodigiosa eficacia y prontitud con que el remedio ideado por la Emperatriz Ana les había curado la fiebre ardorosa, con que sus amoríos excitaron los celos de la generosa y pía Soberana.

De lo relatado se deduce, que el médico de Austria no ha plagiado á la antigua autócrata de Rusia; y también los métodos curativos de ambos son demostración palmaria de que con el frío se consigue la salud en el cuerpo y en el espíritu.

¡A ENFRIARSE, pues! no sea que venga Julio y nos prive del remedio heroico de helarnos.

ILDEFONSO LLORENTE FERNÁNDEZ.

APRENDED, FLORES.....

En la margen de un torrente columpiábase una flor, tan fragante, que el ambiente la mecía suavemente, para aspirarla mejor.

Logró una tarde la hermosa mirarse en el claro espejo del agua que, codiciosa, "Eres la flor más preciosa" le dijo con su reflejo.

Cándida, al oirlo, inclina su tallo al móvil cristal y más y más avvicina su corola peregrina á la espuma del caudal.

Juguetona el agua salta, y, al besarla hoja tras hoja, con blancas perlas esmalta su belleza, que resalta á medida que se moja.

Mas al fin, de goces lleno, á la flor mustia y ajada hunde el raudal en su seno, y, en remolinos de cieno, la lleva á la mar airada.

.....

Adorno de la ribera algunas flores había que, con sonrisa hechicera, con el agua lisonjera coqueteaban á porfía.

Hay quien dice que observaron pasar la tronchada flor, pues el tallo levantaron y su cáliz apartaron de las caricias de amor.

MELCHOR DE PALAU.

CARTA ABIERTA

Valencia 9 de Abril de 1902.

SR. D. MANUEL DEL PALACIO.

Respetable señor mío: Al regresar de la sierra, á donde fui para reponer mi salud, me encontré con la presentación que de mí le ha hecho el amigo Estelrich.

Por lo que al final de ella se refiere, claro es que la hago mía, siendo para mí grande honor el poder ofrecerme á las órdenes de quien es tenido como maestro por todos.

Pero Estelrich, cumpliendo fielmente el deber de todo buen biógrafo, comete inexactitudes que me importa rectificar. Sin duda para darme una sobra de autoridad literaria, me hace más viejo de lo que soy, y dice que tengo ya treinta años con un pico que no puede contarse.

Pues bien, esto es presentarme á usted sin verdad, que es tanto como no presentarme; y lo mis-puedo decir de los demás elogios desmesurados que la amistad de Estelrich me prodiga. No soy más que un *estudiante* en arte, que procura aprender y tiene mucha voluntad.

Estoy en el linde de esa edad de los treinta; y como usted comprenderá, es este el momento en que se defienden hasta los minutos. ¡Ha de ser tan lastimoso eso de no poder decir *veinte y....!*

Conste, pues, que no hay tales treinta y pico, y que en un concurso de GENTE VIEJA estas cosas deben tratarse muy seriamente.

Tengo el honor de ofrecerle mi humilde persona, y lo hago con toda sinceridad. Su afectísimo q. b. s. m.

EDUARDO L. CHAVARRI.

.....ALLES FÜR ALLE

¡Pero qué atroces son estos periódicos! Ocho días nos han estado hablando de la laboriosa gestación de la crisis, y ya no sabía uno ni lo que estaba sucediendo, porque esas cosas se llevan con la mayor reserva.... que suele ser el secreto á voces; que estaban pendientes tales y cuales problemas (ahora á todo se llama problema, hasta á la langosta, y el ser político equivale á ser maestro de matemáticas); que los accionistas del Banco están chapando dividendos de 25 por 100, como si las acciones les hubiesen costado á quinientas pesetas; que es preciso acabar con los frailes, porque mientras no veamos cerrado el portalón del Banco

y destinados á teatro japonés y á exhibición de bellezas académicas, como dice un anuncio de fotografías pornográficas, los conventos, no puede haber regeneración ni cosa que lo valga. Los señores Montilla y Rodrigáñez, nuevos en estas lides, deben estar mareados, aunque al último se le habrá hecho la boca agua al leer que su colega de los United States ha decidido suprimir contribuciones, porque ya no cabe tanto dinero en el tesoro nacional. ¡¡Por mucho que sobrase en España, yo no sé qué sucede aquí, que no nos parecería de masiado.

Verdad es que aquel es el país de las cosas raras. Un ricacho de Brooklyn ha dado una gran comida, y así como aquí se toma después café y se ofrecen cigarros, el anfitrión yanqui, por miedo al contagio, ha hecho vacunar de postre á todos sus invitados! Si aquí se le ocurre hacer eso á un español.... no respondo de las consecuencias! Por supuesto que aplaudo, si no la forma, la tendencia, y se la recomiendo á los comensales de GENTE VIEJA, porque á la vejez, ¿quién sabe?

Nada, que llegaremos á incluir en el *menú* de la comida, para indicar que es moda, le *Veau á la mode*, que antes significaba "ternera estofada" y ahora ese profiláctico procedimiento.

Más práctico y conveniente se me antoja lo hecho en Londres en materia de inspección de alimentos. ¡Ah! si aquí tuviéramos muchos alcaldes y concejales.... torpes! No crean ustedes que me equivoco: Thorpes, que así se llama el Director del laboratorio municipal aquel, y que ha demostrado que en todas partes cuecen habas, aunque no tan á calderadas como en España. Con una yema de huevo y un polvo de almidón fabricaba tantas y tales el dómine Cerbatana, al decir de D. Antonio Flores, que hubiesen dado chasco al más inteligente fraile dominico. Pues lo mismo sucedía en Londres hasta que el thorpe ese ha tenido la torpeza de descubrirlo. Aquí, por falta de esas torpezas, se muere la gente de trichinosis en Zaragoza, y nos quedamos tan frescos, hablando del problema de la concentración democrática ó del catarro de Sagasta.

Y lo mismo cuando nos avisan que por la Moncloa, paseo favorito de ese mismo personaje, pasa una corriente de 15.000 volts. ¡Nada, una pilita de campanilla de ministerio, y el que no quiera morir.... que no se arrime.... y punto concluido.

Para preocuparnos de estas tonterías del doctor Thorpe, aquí dondetodos nos pasamos delistos, y por eso, para que no se contagie con lo mucho malo que tiene que manejar, hemos puesto en esos laboratorios á un chico robusto.... á Chicote ¡que no tiene nada de torpe.... sin *hache*, por supuesto!

Verdad es que si, como casi ha sostenido el señor Lerroux, la propiedad es un robo, ¿qué derecho tenemos á la vida, ante la codicia de cualquiera Tramways Unión com. (lim.) que se le antoje achicharrarnos? Y al sostener estas al parecer novísimas teorías sobre la propiedad, no hace más el diputado republicano que lo que hizo Posada Herrera al preguntar con su habitual ironía: ¿Qué pedazo de pan le dais al obrero con el sufragio? *¡Nihil novum sub sole!* Por supuesto, que eso de la propiedad es un robo nadie lo cree, á pesar de haberlo dicho Proudhon.... y ¡San Basilio! Yo he visto una obra de aquel autor en que (tal vez sería cosa del editor) se leía en la primera página: *¡Tous droits réservés!*

Por no entenderlo así unos pescadores de Guipúzcoa, han tirado al mar la pesca que unos compañeros suyos habían recogido con mil fatigas; de donde resulta que estas cuestiones de propiedad.... han redundado en beneficio de la libertad de unos cuantos peces. Lástima que se hayan acabado ya los krausistas, que tanto gusto dieron en la pasada centuria, para que sacasen partido de estas armonías entre la libertad y la propiedad, aunque en seres diferentes consideradas.

Al fin nuestro Alcalde ha sucumbido ante las llamadas exigencias modernas, y ha permitido la circulación de tranvías en Semana Santa. Será eso mucho más europeo, y le gustará al Sr. Costa; pero Madrid ha perdido aquel típico aspecto, que hasta los extranjeros admiraban, de los días de Jueves y Viernes Santo. Los pretextos que se dan para ello sólo ocultan un negocio mercantil; en esos días no hay oficinas, ni nadie se mueve sino por pura curiosidad; porque eso de que han

aumentado las distancias y de que no se pueden visitar las iglesias, es un pretexto hipócrita, como la santificación de las fiestas. ... para que se cierren las tiendas á las tres de la tarde los domingos, á fin — se dice con la mayor unción — de que los comerciantes puedan cumplir con sus deberes religiosos, que, como todo el mundo sabe, consisten en ir de merienda á los Viveros ó á la Bombilla (rue de la Pompe, como en París,) pues á las tres de la tarde no hay misa más que en el libro — como dice Calderón,—y si acaso en la Santa Casa de Loreto, y.... todavía no llegan allá nuestros tranvías.

Yo siento al par del alma cada una de estas cosas españolas que desaparece; soy muy poco europeo, y todavía no me he atrevido á llamar bárbaro al autor de estos versos, como se lo llama un escritor:

"Feliz el que nunca ha visto
más río que el de su patria,
y duerme, anciano, á la sombra,
dó pequeñuelo jugaba."

Mire usted que por el afán de ser modernista, ú lo que sea, llamar bárbaro á.... Nada, que prefiero no haber visto más que el Manzanares.... con lavanderas y todo.

GERARDO RODRIGO.

LA GOTA DE AGUA

(PENSAMIENTO ÁRABE)

Una gota de agua desprendida desde las nubes á la mar cayó, y al verse entre las olas confundida, avergonzada y trémula exclamó:

«¿Qué soy, pobre de mí? No valgo nada entre las aguas del inmenso mar; hasta la débil hoja que arrastrada sobre las ondas corre, vale más.»

Oyó Dios su lamento; protegerla quiso, y en una concha la encerró, do convertida luego en rica perla, en su corona un rey la colocó.

TEODORO GUERRERO

CERTÁMENES LITERARIOS

Há tiempo que deseábamos enristrar la péñola contra una de las falsificaciones científicas y literarias de nuestra época, los certámenes académicos. Como si las academias hubiesen tomado por divisa aquellas palabras del Romancero:

"Si no maté reyes moros,
Engendré á quien los venciera",

así abren pródigamente la mano para que trabajen otros lo que mejor podrían hacer los académicos, y para esto el procedimiento es fácil y sencillo; se registran todos los puntos del horizonte, se descubren, lo que no cuesta mucho, las cuestiones que en aquel *hic et punc* más preocupan la atención pública; y se formula un tema que algunas veces costaría no poco desarrollar al mismo que lo propone. El Ministerio de Instrucción pública, para que no se diga que lo tenemos de adorno, publica el programa del certamen; se deja correr el tiempo; cumplido éste, se nombra una comisión, ésta da su dictamen, y, discutido ó no, aparece el veredicto por el cual, ó se adjudica el premio, ó el concurso se declara desierto, condenando á perpetuo silencio ó á perpetuo escribir á los no favorecidos, y además en costas de paciencia, y alguna vez de gastos y siempre de reputación á los que escribieron, más que para el público, para el Nuncio ó para las Academias.

Con ser tan poco halagüeña esta perspectiva y tan poco animadora para la estudiosa juventud.... porque para la GENTE VIEJA claro es que las Academias hablan en el desierto, la elección de los temas aún ofrece algo más que decir y que lamentar, porque con demasiada frecuencia se eligen las cuestiones *ad usum Delphini*, esto es, para determinados candidatos al premio. Parece éste destinado á la pluma, y realmente se destina al pájaro, á la ciencia, y en puridad únicamente se tiene en cuenta la persona. Quien propone el argumento sabe que ya está escrito el drama, y pide tales requisitos con los que solamente puede cumplir el que ya tiene concluida la obra de antemano.

Sirva de ejemplo uno que podríamos tomar de obra recientemente publicada. Mr. Gustavo Fournier, uno

de los filántropos que han dedicado toda su solicitud á la raza negra, acaba de probarnos completamente según él, que es la más antigua de las humanas. Supongamos que una Academia, ya sea de Historia ó de Ciencias naturales, propone el mismo asunto á los estudiosos, y que se inclina á la misma opinión de Fournier. ¿Quién sería capaz de reunir, en el escaso tiempo que se concede para el estudio de la materia y la redacción de la obra, el mismo número de datos que este autor, y mucho menos abrazando y defendiendo una opinión que dista mucho de ser la generalmente seguida? Pero alguien con influencia para señalar temas de concursos y conseguir que se aprueben, puede tener noticia de los estudios de algún Fournier, y ser su amigo y estar dispuesto á favorecerle y premiarle, y tenemos ya escrito y contestado el programa, y aun casi concedido el premio, que puede llevarse desde luego á casa del escritor amigo como aguinaldo ó regalo de Pascuas.

Aún se ha simplificado más este procedimiento. Suelen publicarse premios, no para los manuscritos, sino para las obras impresas, lo que equivale á premiar á los ricos, atendiendo á que no hay editores ni público dispuestos casi nunca para comprar las obras que suelen ser objeto de recompensas en los certámenes académicos. Y en este caso podrán quedar y dormir el sueño de la eternidad en las carteras de los estudiosos obras que valgan infinitamente más que las que opten al premio. Y en este caso tampoco valen los concursos para estimular á los estudiosos, que podrían decir aquello otro del romance:

"A la guerra me lleva
Mi necesidad,
Si tuviera dineros
No fuera en verdad."

De modo que por *fas* ó por *nefas*, no se encuentra ó no se quiere encontrar la fórmula para convertir en algo útil á las ciencias ó á las letras los certámenes académicos.

Ni en el primer caso ni en el segundo lleva el premio quien para ello no esté predestinado; es el principio calvinista el que se aplica á resolver la cuestión presente.

Casos se han dado en que la sola inspección de la obra premiada nos demuestra que ha venido trabajándose años y años antes de obtener el premio; y como no es de presumir que el laureado, además de *persona grata*, sea profeta ni que haya elegido para sus estudios un tema del que no pudiera esperar ganancia en algún sentido, claro es que la obra en cuestión estaba destinada al premio, como la pobre oveja á caer en la boca del lobo, ó el incauto pececillo á enredarse en el traidor anzuelo.

Otras veces son dos los autores de la obra premiada; y si bien es cierto que habrían de repartirse la recompensa, no lo es menos que pueden sumarse, como hoy se dice, las relaciones sociales y literarias de ambos y es más probable la obtención del premio. En lo literario, como en lo social, el *Ve solis* de la escritura tiene aplicación muy cumplida.

Y adviértase que los premios de que hablamos no son esas flores naturales que se dan en los juegos del *Gay saber*, sino moneda constante y sonante de las que, si raras en todas partes, lo son más en la república de los hombres de letras. Poco importa que un competidor coloque la siempreviva ó la violeta en un ojal de su levita, pero no es lo mismo que guarde un premio de otra clase en un rincón de su gaveta.

Aún es más digno de notarse que por una especie de testamento por comisario se conceda, en nombre ó en memoria del que ya no está en este mundo, ni pensó en semejante fundación, un premio de certámenes académicos. ¿Quién podrá negar que los escritores de su mismo partido ó escuela son los que tienen derecho, no sólo á ser llamados, sino también á resultar elegidos? Estos sufragios literarios podrán servir á los vivos, pero nada á los muertos.

Ni tiene menos gracia la declaración de que el Cuerpo científico que abona el mérito literario ó científico de la obra presentada no responde de las oposiciones del autor; porque yo, por ejemplo, que no soy académico, tendría buen cuidado de no conceder premios á obras que no estuviesen conformes con mis principios, ó que no pudieran tener otros defensores que el autor del engendro. Gracioso es también lo que alguna vez se ha visto, resultando que el autor premiado, ni era premiado, ni autor; verdad es que no podía faltar esta quisquosa en el país de los viceversas.

No siempre consisten los premios en flores ni en dinero, sino en obras de arte; procedimiento muy cómodo para que amueblen ó adornen sus habitaciones los autores de talla. Esto será muy bueno; pero la relación que esto pueda tener con la ciencia, ni con la poesía, ni con los méritos literarios, sería muy peregrino asunto para un nuevo concurso académico.

Algunas veces — de todo se ve en la historia — se han concedido por vía de premio trajes especiales, la *toga palmata* el *paludamentum* é innumerables clases de informes; por lo que tal vez no esté lejano el día en

que se concedan como premios — y no vendrán del todo mal — obras de arte.... de utrilla, ó de cualquier otro artista que le haya sustituido; que no hay que extrañar que citemos nombres antiguos, cosa muy propia de GENTE VIEJA.

En cuanto el incógnito de los sobres cerrados y el disfraz del tema por el que se distinguen los candidatos, siempre nos ha recordado el de aquellos que no saben fingir la voz debajo de la careta y que no dan broma á nadie, sino á sí mismos. Esto prescindiendo de que en un Carnaval de tres días, y queriendo y sabiendo hacerlo, puede guardarse el incógnito, aunque se vaya también de máscara el Miércoles de Ceniza; pero en tres, cuatro meses ó un año, ¿quién es el que no levanta, siquiera por una punta, el velo de Isis?

Poco es todo lo que dejamos dicho, si se compara con el momento solemne en que se proclama el nombre del autor premiado y se le prefiere á los demás *ocultos* bajo los correspondientes pliegos y no favorecidos con el veredicto. Los antiguos *autos de fe* se reproducen en este caso, siendo quemados en pliego, si no en efígie. Jamás hemos podido ver semejante escena, que por fortuna ya se va desterrando, sin sentir profundamente que hombres de letras afectan semejante dureza con los que desean serlo ó hacen profesión de tales. Y si por acaso quiere probarse de esta manera que se ignora el contenido de los pliegos y los nombres de los opositores, ¿prueba de algún modo la quema que ya no fueran conocidos? Y si las cosas de importancia pueden compararse con las pequeñas, diremos que también se precintan las cajas de fósforos, queriendo demostrar que tienen los que deben tener; ¿pero cuándo se pone ese precinto sino cuando ya se ha incluido en ellas el número que conviene á la compañía ó gremio de los fabricantes? De suerte que la pretendida prueba es ilusoria.

Por último, las cosas de que hablamos no deben ser nuevas, porque si recuerdan nuestros lectores aquel capítulo del *Ingenioso Hidalgo*, en que Don Quijote da consejos al hijo del caballero del verde gabán para los certámenes literarios, recordarán también que le decía: Procura obtener el segundo premio, que es el que se paga á la justicia si el primero se debe al mérito.

Hace algún tiempo que las Universidades, las empresas de periódicos y varias corporaciones que no se llaman Academias, señalan premios por obras científicas ó literarias. Estos no son tan viejos que hayan tenido tiempo de perder su prestigio, aunque alguien pudiera repetir respecto á los mismos el antiguo proverbio: ¿A dónde irá el buey que no are?

En los sencillos certámenes que Virgilio, Teócrito y otros antiguos; y Meléndez, Garcilaso y algunos bucólicos modernos describen como celebrados en el campo entre rústicos pastores y zagales, el premio era cosa de escasa importancia; la preferencia de una zagala, una flauta, más ó menos adornada, como la que Horacio nos describe en su *Arte poética*, ú otra fruslería por el mismo estilo. Pero si hoy consisten en dinero ó en algo de más valor, parécenos que debiera procederse de otro modo que para adjudicar á Damesos ó á Menalcas, á Nemoroso ó á Silicio una recompensa literaria.

Corruptio optimi pessima era un antiguo y muy cierto principio de los escolásticos. ¿Quién se atreverá á negar que conviene dar premios al que trabaja? ¿Quién que puedan presentarse al mismo concurso Apolo y Marsyas? No hablamos de la institución ni de su prudente uso, sino de los abusos que en la misma hemos tenido ocasión de observar durante muchos años.

ANTONIO BALBÍN DE UNQUERA.

Información especial de GENTE VIEJA

II

CAUSAS DE LAS HUELGAS

Las causas que han dado lugar á nuestras modernas huelgas deben á todas luces dividirse en tres clases ó categorías.

Las principales tienen su raíz en la naturaleza del hombre y en las leyes inflexibles de este mundo.

Luego hay causas nacidas de los progresos de los tiempos y del gradual desarrollo de la libertad y de la cultura.

Y, por último, existe otro orden de causas más menudas ó secundarias, que son las que el vulgo ve, las que aparecen por estar más próximas, como determinantes de las huelgas; causas producidas por los usos, costumbres y resabios que, en un espíritu más ó menos contrario á la equidad, reinan en una nación, en un distrito, en una industria y á veces en un solo establecimiento.

Examinaremos estos tres órdenes de causas su-

cesivamente, y llamaremos á las primeras causas *naturales, históricas* á las segundas y *locales* á las terceras.

CAUSAS NATURALES.—Sabido es que el hombre nace con un sinnúmero de necesidades, así del cuerpo como del espíritu, que tiende á satisfacer, no sólo para vivir, sino también porque aspira sin cesar á una felicidad mayor, y sabe por experiencia que satisfaciendo cada una de las necesidades que se multiplican en su ser, es como se siente feliz; sabido es que estas necesidades nacen unas de otras, de tal modo y manera, que siempre tenemos un deseo, una aspiración no satisfecha, brotando de aquí lo que es ambición en unos, concupiscencia en otros, envidia en los perversos, emulación en las almas nobles y generosas, si bien, en todos los casos, estímulo poderoso de toda actividad y energía, bien ó mal encaminadas.

Empero es ley ineludible de este mundo, que ninguna necesidad pueda verse satisfecha sin pagar su precio de antemano, y este precio es y será siempre una determinada cantidad de trabajo.

Ahora bien; ¿cuál es la naturaleza íntima, la composición interna, de esa moneda de trabajo; única con la cual se compran las satisfacciones? Esta es la cuestión trascendental, sin cuya perfecta inteligencia nunca se resolverán los pavorosos problemas de la moderna industria sino casuísticamente, siendo todos los remedios que se propongan, efímeros paliativos que cambien, tal vez, las formas y condiciones de la lucha, pero que no la encarrilarán por el camino de la emulación en la armonía, de la competencia dentro de la justicia, único que puede conducir á las regiones serenas de la paz, de la concordia, del amor.

El hombre, al trabajar con su cuerpo, nunca trabaja con el cuerpo sólo. Si esto fuese así, sería una máquina, no un hombre. Tampoco podemos admitir hoy que haya quien trabaje con los músculos, guiado por un mero instinto, porque el obrero moderno no se confunde ni con el esclavo antiguo, ni con el animal irracional. En los períodos más tristes de la historia, cuando el sistema de castas primero, y más tarde el de la esclavitud, negaban al ser humano sus más preciados atributos, pudo acercarse en su cruel rebajamiento al bruto, y ser calificado de *ganado que habla*, por pensadores de la talla de Aristóteles. En nuestros días, después de tantos siglos de igualdad ante el ideal supremo, se sabe que no hay trabajo ejecutado por el hombre que no participe, por rudo y corporal que sea, de algo de espiritual, sin lo cual no existiría. Hoy sabemos que el trabajo que se nos exige, como precio de toda satisfacción, es una moneda cuya base son los esfuerzos físicos, pero que necesita indefectiblemente, como liga, el esfuerzo espiritual en determinadas y variables proporciones, que ha menester de esos movimientos intelectuales y sentimentales que á los esfuerzos humanos dignifican, y que de los instintivos y fatales del organismo material separan y distinguen.

Con efecto, ningún hombre libre aceptaría el trabajo si no le impulsara á ello un sentimiento cualquiera: la ambición, el cariño hacia los suyos, el imperio del deber, la esperanza. Ninguno, al aceptar el trabajo, se hallaría en condiciones de ejecutarle si la inteligencia no dirigiese cada uno de sus movimientos.

Luego si para hacer esfuerzos musculares fructuosos, y encaminados á un fin, es indispensable la concurrencia de estos otros esfuerzos inmateriales, ¿no exige el rigor científico que se considere el trabajo humano como un compuesto de aquellos tres elementos? ¿No será (como lo es) causa y origen de multitud de errores y desvarios hablar del trabajo del hombre sin analizarle, ú olvidando su composición? ¿Guiará el acierto semejante olvido? ¿Qué diríamos del químico que discurriese sobre el aire atmosférico y sus aplicaciones, despreciando la presencia del oxígeno, del ázoe ó del ácido carbónico? ¿Explicaría bien la respiración? ¿Explicaría la vegetación?

Y si esto es verdad respecto al individuo aislado, ¿cuán evidentemente no resplandece como tal si tomamos la humanidad en junto! Entonces, no sólo se ve la naturaleza compleja de la actividad humana, sino que se observa uno de los fenómenos más sorprendentes, clave de todos nuestros progresos, piedra fundamental de la grandeza de nuestra civilización.

Este fenómeno, harto poco comprendido por desgracia, es la evolución siguiente, que nos creemos en el caso de recordar.

De las tres clases de esfuerzos que constituyen nuestro trabajo, hay una, la más penosa y antipática, de la cual la humanidad puede emanciparse casi totalmente: el trabajo muscular, que también se dice físico, corporal ó material. Conquistó el hombre á los diferentes animales que le sirven, y con la domesticación de cada uno de ellos se redimió de las más grandes y más crueles fatigas; mas nótese que al emanciparse de ellas se vió obligado á pensar más y mejor para defender y mantener sus ganados, y á sentir aficiones y simpatías hacia ellos desconocidas en la azarosa existencia del salvaje—simpatías y aficiones que eran preludios de otros arranques de amor que habían de transformar al mundo.—Es decir, que la moneda con que pagaba sus satisfacciones, perdió mucho del elemento material, y aumentó bastante el espiritual.

Las máquinas, hijas de su inteligencia (entendiéndolo por máquina todo instrumento de trabajo, menos las uñas y los dientes), disminuyeron después todavía más la suma de esfuerzos materiales que aún quedaban á su cargo, y aquella suma se aminoró progresiva, pero grandemente, desde el momento en que, á favor del desarrollo de sus facultades intelectuales, logró apropiarse los agentes de la naturaleza, y tan luego como el viento remó por él, y el agua molió su trigo, y el fuego puso á su alcance esa serie de maravillas que aún continúa en nuestros tiempos. ¡Cuánto más no tuvo entonces que saber y sentir, que pensar y prever, que trabajar con la cabeza y con el corazón! Echó sobre las fuerzas naturales las faenas del animal que tanto le repugnaban, y aquella redención puso á su cargo un trabajo del espíritu mayor y mayor cien veces.

La humanidad, que rehuye la fatiga corporal, tiene, según se ve, en su terrena morada, los medios de ejecutar una gran parte de los esfuerzos físicos necesarios para cada obra, sin hacerlos ella, ó sin obligar (como antiguamente) á determinadas clases de hombres á hacerlos en beneficio de los fuertes.

Cuando se trata de pensar y de sentir, ó sea de hacer esfuerzos espirituales, el fenómeno es muy otro. En este caso la humanidad tiene que hacerlos por sí, y esta tarea, que incumbe exclusivamente al hombre, se aumenta prodigiosamente sin cesar, á medida que su cuerpo de corporales fatigas se redime.

Es decir, que la naturaleza dice al hombre: «Yo te exijo, como pago de esas satisfacciones que ambicionas, cierta cantidad de movimientos de tu cuerpo, de movimientos de tu cerebro y de movimientos de tu corazón; pero como deseo y me propongo tu bien, como quiero que este bien sea de cada día más completo, á fin de obligarte á que te perfecciones siendo cada vez mejor y más sabio, pongo á tu alcance todos los medios para redimirte de ese trabajo que te rinde, te atormenta y te embrutece. Para conseguirlo, te prevengo que sustituyas siempre cualquiera cantidad de ese rudo trabajo muscular de que quieras redimirte, con otra equivalente de esfuerzos inmateriales llenos de calor y de luz, fecundos en atractivos y en goces. Si no te haces más inteligente y más sensible *previamente*, seguirás esclavo del trabajo de la bestia.»

Semejante disposición providencial es la fuerza impulsiva del progreso, el origen de todo adelanto, y lo que es más todavía, la fuente de lo justo y de lo injusto en el asunto que tratamos. Porque á consecuencia de esta disposición y de los axiomas enunciados más arriba, el hombre anhela sin cesar un bienestar mayor, envidia y trata de sobreponerse á aquellos que le han logrado; y como para llegar á su objeto sólo tiene un camino legítimo, que es el trabajo, los obstáculos arbitrarios ó irritantes que se opongan á sus esfuerzos le han de arrojar en brazos del desaliento, tal vez del rencor ó la desesperación, y entonces emprende el camino ilegítimo de llegar á la riqueza y al poder apelando á los medios sempiternos de la fuerza y del engaño.

MELITÓN MARTÍN.

LA PRENSA AUTÓCRATA

“NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES.”

Vamos á ver: ¿y por qué no? Desde el periódico de menor circulación (y conste que no me refiero á *Gedeón*), hasta los grandes rotativos, como ahora decimos, en toda publicación, por modesta que sea, aparece el tiránico decreto! No parece sino que todos andan tan sobrados de original, que miran como una ofensa el que se atreva uno á enviarles algo que pueda ser interesante! ¡Como si tuviesen facultades para apropiarse y destruir lo que se les envía, no para eso, no para que se queden con ello, sino para que lo lean y vean si les conviene la publicación! ¿Cómo pueden saber si lo que no le gusta ó no le conviene al periódico A, le puede convenir ó no al periódico C? Y si esto puede ocurrir y ha ocurrido, ¿con qué derecho se obliga al escritor á tener preparada una copia ó más, porque sabe que enviar su artículo al gran rotativo y no estar de humor de leerlo el redactor de tanta es lo mismo que tirarlo al pozo? ¿Es, ó no, una propiedad la propiedad literaria, ó entra en la categoría de aquellas que califican de robo el Sr. Lerroux y San Basilio? Porque en otros casos esta propiedad del manuscrito se respeta: en las Academias, en todos los concursos, se dice que los trabajos no premiados serán recogidos, aunque se quemem los sobres que contienen el nombre del autor. ¡Pobre D. Santiago Tewin, fundador del primitivo *Diario de Madrid* que ofrecía cándidamente... ¡hasta Diez reales! por cualquiera noticia ó artículo interesante que se le enviase! Yo no pretendo, como me dirá algún guasón, que el director de uno de esos grandes periódicos llame cariñosamente al que le envía un esperpento en doce cuartillas, y le diga con la mayor afabilidad:

—Mire usted, joven: esto está bastante bien; pero debe usted recordar *que aberse* escribe con *h*, y que antes de *b* y *p* se escribe *m* y no *n*, porque hasta spongo que llegarán cuartillas con estas *pequeñas* tachas; pero desde eso á tirarlas debajo de la mesa, mil veces sin leerlas, hay algún término medio. Tampoco pretendo que el periódico se tome el trabajo de devolver *con sello*, como piden las agencias de matrimonios, lo que se les envía, pero dejarlo á un portero para que lo devuelva al desconsolado autor, que cifraba sus ilusiones, y hasta el entusiasmo de su novia, en verse en letras de molde, no me parece muy difícil, ni demasiada exigencia en los autores. Es verdad que yo, como siempre, desde los diez y seis años de edad, en que empecé en *El Pensamiento Español* á manchar papel hasta, ahora, que me toca estar en GENTE VIEJA por derecho propio, como un senador de la Grandeza; como siempre, digo, he sido periodista externo y gratuito; no estoy muy enterado de las dificultades que ofrecerá mi reforma en tal punto; pero ni en el citado periódico, ni en *La España Católica*, ni en *El Eco de España*, ni en *El Tiempo* (presilvelista) ni en algún otro á que he pertenecido, pude observar que fuese tal la aglomeración de *envíos*, que no fuese posible leerlos y devolverlos. Claro que la prensa de hoy es muy diferente, tiene muchísimo que hacer, además de escribir y de leer los demás periódicos, para que pueda entretenerse en tales menudencias ajenas á la *casa*; y los concursos de bellezas, de juguetes ó de memorias sobre el problema social, como antes sobre el libre-cambio, les quitan el gusto y el tiempo para atender á principiantes; pero que no digan que la prensa alienta, sino que desalienta, al que quiere probar sus fuerzas. Se parecen en este punto los periódicos á los vecinos de un pueblo, “de cuyo nombre no quiero acordarme”, que convencidos de que cuando van forasteros una temporada sube el precio de los artículos de general consumo, dicen, como aforismo irrefutable; “Aquí no queremos que venga *naide*”. Y por eso precisamente siguen diciendo *naide* ¡Quién sabe si más de una vez la prensa habrá cerrado, con su despótico decreto, con el no queremos que escriba *naide*, la puerta y el porvenir de algún ingenio!!

Y conste que no lo digo por mí, que aunque hace ya mucho tiempo, me pasó algo de eso, que, como es natural, no malogró ningún ingenio al no publicarse lo que entonces fué al cesto de los papeles.

Fué el caso que al ver caer los muros de la capilla de Santa Catalina de los Donados, se me apareció la imagen de aquel satírico y burlon clérigo su rector hasta su muerte: y me pareció verle rechoncho y coloradote, como le pintaban sus contemporáneos, y ante todo soberanamente burlón, hasta el punto de burlarse del propio padre de la burla y regocijo, el inmortal Cervantes. Nacido en Ronda el 28 de Diciembre de 1551, mereció por su ingenio hombrearse con aquellos colosos del siglo XVII, obtuvo una pensión del Arzobispo de Toledo, fué íntimo amigo y consejero del monstruo de la naturaleza y mereció igualmente los más calurosos elogios de éste y del propio Cervantes, aunque no tuvo para el autor del *Quijote* la mayor benevolencia. Y como de añadidura á estos méritos y á haber sido laureado en la Academia de Madrid, dejó la novela. "El escudero Marcos de Obregon" y "La casa de la memoria," y fué el inventor de la décima ó espinela, composición tan usada después por Lope y Calderon, sobre todo en sus comedias; amén de que se le atribuye la adición de una cuerda á la guitarra, nuestro instrumento popular, que será hasta que vengan los Marcianos á destruirnos: recordé que el bonachón y nonagenario sacerdote falleció en la casa de esa capellanía que desempeñaba, y que debía estar enterrado en la capilla casi subterránea y lúgubre que en aquellos momentos se derribaba. El fatal letrado que campeaba al frente de la valla: "No se permite la entrada", me impidió cerciorarme de si en el suelo existía la lápida que yo recordaba haber leído se le dedicó. ¿Qué hacer? Pues acudir á esa prensa, protectora de todos los nobles intereses, y sin encomendarme á Dios.... ni á ningún redactor de punta, como diría el Sr. Liniers, tuve la candidez de hilvanar unas cinco ó seis cuartillas dando cuenta del derribo, de mis sospechas de que allí yaciese el picaresco novelista, con algunos datos, que ahora no recuerdo, acerca de su persona, y hasta tuve la picardía de poner una súplica para que comprobase el mismo periódico mis noticias, haciéndome el novato y el pequeñito en materia periodística, porque sabía cómo las gastaban en la prensa con estos envíos de fuera de casa, y todo esto lo envié con un B. L. M. al director de.... no importa cuál rotativo, como dicen los franceses.

Tengo la seguridad de que el redactor de turno, al leer el nombre de Vicente Espinel y no sonarle á subsecretario, ó comensal de la Huerta, que era por aquel entonces lo que había que ser, al ver mi firma, que siempre ha valido lo mismo que ahora, arrojó el recuerdo del pobre rector de Santa Catalina entre un recorte del *Heraldo* y otro del *Imparcial* sobre la conferencia de León y Castillo con Cánovas, ó sobre el pertinaz catarro de Romero Robledo.

Poco se perdió con la pérdida de tales cuartillas; pero en tanto es muy posible (no lo sé) que al encontrarse algún ilustre arquitecto ó maestro de obras con el sepulcro de "Un Maestro Vicente", creyesen que era el alarife que levantó aquellos vetustos muros, y al pedir un cantero una piedra para una basa ó para correr la imposta del piso, le dijese muy tranquilamente: ¡¡Echala de esa losa de ese Maestro Espinel!!

Si así ha sucedido, ¡que Dios perdone al rotativo.... y que antes de echar las cuartillas al cesto las lea por lo menos, y no se escude con esa verdadera incautación literaria: "No se devuelven los originales!,"

FÉLIX DÍAZ GALLO.

La vara del Alcalde mayor.

Táchase á los tiempos antiguos de poco democráticos, y sin embargo, puede asegurarse que aquellos tiempos en que la nobleza tenía privilegios de que hoy se ve desposeída, y al Rey se le daba el título de absoluto, la entrada en el palacio Real era más fácil que lo es hoy día, pues no se necesitaban ni permisos de audiencia como hoy, ni que las peticiones de estas audiencias fueran revisadas por el Mayordomo mayor, el cual, después de minuciosas investigaciones, las concede ó deniega.

El Rey Fernando VII tenía costumbre de reci-

bir en corte una vez á la semana, y todo aquel que quería presentar un memorial, ó pedirle alguna gracia, á la hora fijada llegábase á Palacio, exponía su pretensión á uno de los Oficiales menores de Alabarderos ó al garzón de guardia, y éste le hacía entrar en la Saleta, habitación llamada así por ser la que antecede á la antecámara.

El Rey recibía primero en la cámara á todos aquellos que tenían opción á ella, como los Grandes, Gentiles-hombres, Arzobispos y Presidentes de los Tribunales.

En la antecámara á los grandes cruces, títulos de Castilla, Prelados y Ministros plenipotenciarios; y en la Saleta, á todo aquel que deseaba ver al Rey ó presentarle un memorial, ó hacerle verbalmente alguna petición.

Formaban corro y el Rey iba hablando uno á uno á todos los que acudían, y el Gentil-hombre, Grande de España de servicio, recibía los memoriales que luego después por la Secretaría de Cámara eran decretados ó remitidos á los diferentes Ministerios.

Había chocado al Rey que por espacio de diferentes semanas un joven, como de treinta años de edad, de buena y gallarda presencia, le entregaba siempre un memorial pidiéndole una vara de justicia, ó sea de Alcalde mayor.

Tantas veces repitió el joven su demanda, que el Rey un día le dijo:

—¿Es posible que aún no se haya despachado tu pretensión?

—Señor—contestó el joven—; sé que mis memoriales han llegado á Gracia y Justicia, pero á la hora ésta ninguno de ellos ha tenido resolución, á pesar de asistir con puntualidad yo á la hora de parte. (Llamábase así la hora en que el Oficial de la Secretaría daba cuenta á los pretendientes del resultado de sus pretensiones y expedientes.)

—Bueno, dame el memorial y vuelve el sábado que viene. (La recepción de corte era siempre en sábado.)

El Rey recomendó eficazmente el memorial del joven pretendiente, pero por desgracia para éste tampoco tuvo resultado.

Llegó el sábado y el Rey se dirigió al pretendiente diciéndole:

—¿Vienes á darme las gracias? ¿Tu asunto está ya terminado?

—Señor, por desdicha aún no lo está, y creo que no lo estará nunca; pues como soy pobre, no puedo darle al Oficial de Cámara lo que me ha pedido.

—¡Cómo! ¿Qué es eso? ¿Qué es lo que te han pedido?—dijo el Rey en voz baja y acercándose al pretendiente.

—Señor, el Oficial de Cámara me ha pedido 50 onzas; y si las tuviera, es posible que el sábado próximo viniera con mi credencial, vestido de toga, con mi vara, á dar gracias á V. M.

El Rey Fernando frunció las cejas, se puso las manos á la espalda, como tenía de costumbre, y le dijo al pretendiente:

—Cuando termine la audiencia, espérate, que hablaremos.

Terminada ésta, el Rey mandó al pretendiente que le siguiera á su despacho, y, sentándose delante de la mesa, le dijo:

—Me aseguras que si tuvieras 50 onzas obtendrías una vara de Alcalde mayor; pues bien, vamos á ver si es verdad.

Y abriendo un cajón de su mesa de despacho, sacó 50 onzas, y con un cortaplumas las marcó todas ellas con F diminuta, y metiéndolas dentro de un bolsillo de seda verde, se las entregó al pretendiente, diciéndole:

—Ahí tienes las 50 onzas, vete á casa del que te ha ofrecido la vara; á cambio de la credencial puedes entregárselas, y vienes en seguida á decirme el resultado. Preguntas por el Duque de Alagón, y él te introducirá á mi presencia.

El pretendiente salió de Palacio, fué á la Secretaría de Gracia y Justicia, habló con el Oficial de penas de Cámara, que era con el que había tratado, éste le dió las señas de su casa y le dijo que á las dos fuera á recoger la credencial y allí le entregaría las 50 onzas.

En la calle del Sacramento, núm. 12, piso 2.º, vivía el Oficial de penas de Cámara, y puntualmente el pretendiente se presentó en la casa.

Una criada le introdujo en un saloncito amue-

blado con cierto lujo para aquella época, y en cuyo centro había una mesa de despacho y á la izquierda un vargueño con tapa y forrado de tafete rojo.

El Oficial de penas de Cámara dijo al ver al pretendiente:

—Aquí tiene usted la credencial.

Y el pretendiente, sacando la bolsa con las 50 onzas, le dijo:

—Y aquí las 50 onzas.

Cogiólas el Oficial, abriendo el vargueño, las depositó en el tercer cajón de la izquierda, y, como buenos amigos, se despidieron.

El pretendiente, que lo era D. José Torío y Cosío, salió inmediatamente de la casa con dirección á Palacio.

Vió al Duque de Alagón, y éste le introdujo á presencia del Rey.

Enteróse éste minuciosamente del hecho, y saliendo reservadamente de Palacio con el Duque de Alagón y el Superintendente de policía, que lo era en aquella ocasión el padre de nuestro célebre poeta D. José Zorrilla, se personó en la casa del Oficial de penas de Cámara, el cual, como pueden imaginarse nuestros lectores de *GENTE VIEJA*; se quedó pasmado al ver entrar al Rey, al Duque de Alagón y á Zorrilla el Superintendente.

Preguntóle el Rey si había entregado él á Don José Torío y Cosío el nombramiento de Alcalde mayor de Cuéllar y su partido y qué remuneración había recibido.

Negó el Oficial el cohecho, pero Zorrilla, dirigiéndose á él, le pidió la llave del vargueño, y en el tercer cajón encontró el bolso, no con cincuenta onzas, sino con cuarenta y nueve, pues una se la había regalado á su cortejo; examináronse si eran las mismas y en todas se vió la F que el Rey había grabado con su cortaplumas.

A una señal llevarónse dos corchetes al Oficial de penas de Cámara y fué encerrado en la cárcel de la villa.

Al regresar el Rey á Palacio encontró en él á Torío y le dijo:

—De hoy más no se venderán las varas de Alcalde.

—Señor,—dijo Torío,—¿y qué me valdrá esta vara?

Y tomando el Rey la vara de manos de Torío, le dijo:

—Si la tienes recta como yo ahora la tengo, los derechos de arancel; si la tuerces como yo ahora, puede valerte el doble; pero si la tiras al suelo (y el Rey tiró la vara al suelo), te valdrá lo que te dé la gana; pero ten cuidado que al recogerla no se enrede en ella la cadena del presidio.

EL CONDE DE FABRAQUER.

BIBLIOGRAFÍA

Entre las obras notables que hoy se publican figura en primera línea el Diccionario de la Lengua Española del Excmo. Sr. D. Salvador Viada y Vilaseca, colaborador que ha sido de la 18.ª edición del de la Real Academia Española.

Contiene este Diccionario todas las voces que en dicha edición figuran, y además unas cuatro mil pertenecientes á todos los ramos del saber humano y sancionadas por la autoridad de los mejores escritores y tratadistas; la etimología y definición de las mismas; la conjugación de todos los verbos irregulares, de los defectivos en los tiempos y personas que están en uso, y cuatro notables apéndices comprensivos de las voces antiguas usadas por nuestros mejores clásicos y hoy caídas en desuso; del nombre ó apelativo con que se designa á los naturales de todas las regiones, capitales y pueblos de España mayores de mil almas; de los refranes y proverbios y de las locuciones extranjeras que son de uso corriente entre las personas cultas.

Tan magnífica obra constará de 20 cuadernos, al precio de una peseta cada uno, repartiéndose dos semanales. Recomendamos á nuestros lectores la adquisición de esta producción tan notable, porque, como dijo Boileau y el mismo Sr. Viada cita, *«Sans la langue, en un mot, l'auteur le plus divin est toujours, quoiqu'il fasse, un méchant écrivain.»*

MADRID.—Imprenta del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús. Juan Bravo, 5.—Teléfono 2.198.